

mo—, y por ende su afirmación de que durante toda la alta Edad Media sólo tuvo la Iglesia una potestad sacramental y no una “potestas iurisdictionis”. Seméjante premisa conduce necesariamente a Sohm a la conclusión, para Brandileone equivocada, de que Graciano no puede ser considerado como el fundador de una verdadera ciencia del Derecho canónico, puesto que el Decreto es sólo una obra teológica y no jurídica.

Las páginas finales de este estudio ejemplar están dedicadas a exponer los comentarios de Santo Tomás a la Sentencia de Pedro Lombardo y los reflejos de estos comentarios en la obra del Dante.

José M.^a Ors.

The Social and Economic History of the Roman Empire, by
M. ROSTOVITZEFF.—xxv-695 págs. y 60 planchas. Oxford.
Clarendon Press, 1926.

Gratitud inmensa debe la ciencia a Rostovtzeff por esta obra. En un esfuerzo admirable eleva el autor nuestro conocimiento sobre el tema tratado a una empinada cumbre, desde donde se dominan con precisión las difíciles y trabajosas sendas seguidas en la ascensión, así como las nuevas perspectivas que aparecen ante nuestros ojos.

Es el primer trabajo de conjunto sobre este tema para la época imperial. La historia económica de la Roma republicana ha sido ya brillantemente expuesta por Tenney Franc (*An Economic History of Rome to the End of the Republic*, Baltimore, 1920), de cuya obra es, pues, la de Rostovtzeff, en cierto modo, continuación. Pero aparte de la diferencia de contenido, sólo parcialmente análogo, otra diferencia importante existe entre ellas, y es que Tenney Franc no incluye la historia de las provincias, a las que consagra Rostovtzeff considerable atención, singularmente a las de Oriente. A cualquiera se le alcanzarán los justificados motivos de esta preferencia con sólo recordar la orientalización profunda del Imperio, en todos los órdenes, que introduce la reforma radical de Diocleciano. De sumo interés ha de ser, por tanto, la próxima obra de Rostovtzeff *The Hellenistic Period Social and Economic Development*; ella nos dará a conocer en detalle las formas de organización económica y social que, con las naturales modificaciones, vuelven a surgir después de aproximadamente tres siglos de vida más o menos latente, esta vez con la fuerza expansiva necesaria para arraigar, incluso en las provincias del extremo occidental del Imperio. Esta obra, juntamente con la de Tenney Franc, nos mostrará, además, las dos grandes y principales corrientes de organización económica que confluyen y se funden en el curso de la historia imperial de Roma, con predominio sucesivo de la nativa romana y de la helenística oriental.

El saber acumulado por Rostovtzeff en su nuevo libro causa verdadero asombro. Con ser la época de la Historia Universal, sobre la cual la colaboración internacional es más abundante y, por tanto, más dispersa y difícil de reunir, de todas partes toma Rostovtzeff información acabada. Ello nos da idea, por otro lado, de los poderosos medios económicos de que dispone una Universidad norteamericana (Rostovtzeff es profesor en la de Yale), sin los cuales semejante empresa hubiera sido casi insuperable.

Forman el núcleo principal de la obra los capítulos IV a XI, destinados a los siglos segundo y tercero; son los peor conocidos en el aspecto económico y social, y la exposición, no pudiendo servirse, como en otras ocasiones, de modernas investigaciones, descansa casi exclusivamente en las escasas fuentes existentes. Suple, en parte, la penuria de las fuentes escritas el material arqueológico utilizado en abundancia por Rostovtzeff. Los sesenta fotograbados que acompañan al libro no tienen, pues, el valor de meras ilustraciones. Son testimonio de cómo pueden ser aprovechados estos restos, en calidad de verdaderas fuentes, interpretadas por primera vez aquí —para esta edad— con un criterio histórico y no sólo de anticuario. Después de la incorporación de inscripciones y papiros, la de los restos arqueológicos constituye un nuevo e importante avance en la ampliación de la base de nuestro conocimiento científico de la historia romana en general. Buena prueba de la importancia de esta clase de fuentes significan las "*Grundlagen*" de Dopsch.

Las fuentes son siempre utilizadas por Rostovtzeff con escrupulosa distinción de lugares y tiempos. Gracias a lo primero adquieren peculiar perfil la historia de Italia y de cada una de las provincias. El escalonamiento de las fuentes a lo largo del tiempo permite al autor el trazar una más fina y ajustada curva de las variaciones y evolución de la vida social y económica, consiguiendo, además, un efecto más científico y a la par más lleno de vida y dinamismo.

De las provincias, las estudiadas con mayor detenimiento son, como ya dijimos, las del Oriente. Hay que alegrarse de ello. Inclinationes personales del autor (que revelan sus obras, como la aludida anteriormente, en preparación, y la ya publicada y sobradamente conocida: *Studien zur Geschichte des römischen Kolonats, Leipzig und Berlin*, 1910) y necesidades objetivas se hermanan y explican suficientemente el hecho: las provincias de Occidente (Africa, Germania, Britania, Galia, y en general, todas las europeas) cuentan ya con obras modernas y excelentes sobre la dominación romana. (El pasado año, precisamente, publicó C. Jullian los tomos VII y VIII, "*Les Empeurs de Trèves*"; tomo VII, "*Les Chefs*"; tomo VIII, "*La terre et les hommes*", finales de su magistral "*Histoire de la Gaule*".)

En cambio, en la historia de las provincias orientales hay todavía mucho por elaborar. Su conocimiento comenzó recientemente con la

moderna ciencia de los papiros, y el descubrimiento incesante de nuevas fuentes de esta clase, referentes, sobre todo, a Egipto, permite ahondar cada vez más en la organización social y económica de este país, extendida homogéneamente y casi sin modificaciones por todo el Imperio desde la implantación del absolutismo con Diocleciano.

Resumida en sus líneas generales, la concepción de Rostovtzeff sobre la evolución social del Imperio romano, es ésta: como resultado de las reformas de Augusto y sus sucesores y como expresión, al mismo tiempo, de la victoria de la burguesía sobre las dos clases privilegiadas de Roma, la senatorial y la ecuestre, el organismo del Estado romano descansa en una vigorosa clase media, asentada en las ciudades de todo el Imperio, constituidas éstas en cuerpos con amplia autonomía. Las clases libres de los centros urbanos disfrutaban una posición superior a la de los campesinos, adquirían riquezas y con ellas una tendencia conservadora que les impulsa a apoyar el régimen imperial.

Esta burguesía municipal, juntamente con la burocracia imperial y el ejército, constituyen las tres fuerzas sociales de mayor importancia en el Imperio, a cuya cabeza, y como primer magistrado, está el Emperador. Así organizado atraviesa el Imperio el siglo II, su edad de oro, en el cual las dos figuras imperiales que más eminentemente se destacan, Trajano y Adriano, son naturales de España. Ambos encarnan con dignidad severa el ideal estoico del *Basileus*: el Emperador es el primer ciudadano y el primer servidor del Estado.

Pero la burguesía no tenía las fuerzas necesarias para mantener en pie el organismo de aquel Estado mundial. La manera de aumentar sus energías hubiera tenido que consistir en dar entrada en su seno a individuos de las clases inferiores, mas a ello se oponía con tesón la burguesía, convertida cada vez más en un círculo cerrado y exclusivista, porque su poder y su riqueza descansaban precisamente en el trabajo de aquellas clases inferiores, labriegos del campo y proletarios de la ciudad.

La sociedad del Imperio romano, debido a esto, va perdiendo en diferenciación, va simplificándose, hasta quedar constituida solamente por dos grandes clases o castas: la de los *honestiores* y la de los *humiliores*, gobernantes y gobernados. Entre ambas nace un enconado antagonismo, que gradualmente va tomando la forma de antagonismo entre la ciudad y el campo, y que termina, a pesar de los esfuerzos de los emperadores por mitigarlo, fomentando la urbanización, en las luchas civiles que ocupan toda la segunda mitad del siglo III. Al término de ellas, la burguesía, el elemento romanizado o helenizado de la población del Imperio, quedó destruida, y Diocleciano, un soldado de Iliria, hijo de esclavo, ni mejor ni peor que el sinnúmero de emperadores que habían combatido entre sí en los decenios anteriores, pudo dar arraigo a su nueva forma de gobierno:

el despotismo oriental de los siglos IV y V, basado en una rígida burocracia y en la población rural, de entre la cual se recluta ahora exclusivamente el ejército. Los habitantes de todo el Imperio habían llegado a tal estado de agotamiento por cincuenta años de guerras civiles, que aceptaron gustosos la paz sin parar mientes en el precio pagado por ella.

Paralela a la evolución social corre la económica. A la derrota de las clases privilegiadas por la burguesía corresponde la ruina de las grandes fortunas de la aristocracia, explotadas en las formas del capitalismo feudal. Con la preponderancia de la burguesía municipal adquiere gran desarrollo el comercio, la industria y una agricultura racionalizada en explotaciones de tamaño medio bajo la inmediata dirección del propietario. Pero en el siglo II las clases acomodadas de las ciudades pierden paulatinamente aquella su iniciativa que habían desarrollado en tiempos anteriores. Su ambición se reduce a asegurarse una renta moderada sin necesidad de intervenir activamente en la lucha que ocasiona la concurrencia. Resultado de ello fué el estancamiento de la vida económica. La actividad de la clase media degeneró en una explotación sistemática de las clases inferiores trabajadoras, que por el exclusivismo de la burguesía y el sistema de explotación económica no podían elevar su nivel de vida. Por otra parte, el Estado, no preocupado por los asuntos económicos, practicando una política de "laissez faire" y necesitado cada vez de más hombres y dinero para mantener la paz, vino a aumentar la paralización de la economía. El aumento de cargas que gravaban las clases inferiores disminuyó su poder de compra para los productos de la industria y el comercio, de los cuales eran ellos los principales consumidores, siendo éste un motivo más de languidez en la vida de los negocios. Cuando los emperadores advirtieron el mal, era ya demasiado tarde. Las medidas a que recurrieron agravaron todavía más el daño; la violencia y la coacción, aplicadas tanto a la burguesía como a las clases inferiores, enconaron más agudamente el odio existente entre ambos grupos. Al comenzar el siglo IV las formas de economía dominantes son las más primitivas.

En esta época únicamente puede hablarse de una economía doméstica (*Hauswirtschaft*) que nunca se dió en los siglos anteriores, como ha sostenido Bücher en su conocida tesis sobre las fases de la evolución económica (*Hauswirtschaft*, *Stadtwirtschaft*, *Volkswirtschaft*, *Weltwirtschaft*). Las excavaciones de las tumbas, incluso en pequeñas aldeas, han dado a conocer productos manufacturados en los centros industriales del Imperio más distantes entre sí. Los artículos industriales elaborados en la economía doméstica son tan sólo los de hilados y tejidos.

El hecho de que el mundo antiguo no alcanzara un grado de desarrollo industrial semejante al de los tiempos modernos, no puede impu-

tarse, como lo hacen el citado Bücher, Salvioli y M. Weber, a que no desarrollara aquél formas de economía superiores a la doméstica. Aquí, como en otras muchas ocasiones, Rostovtzeff defiende puntos de vista contrarios o distintos a la opinión dominante. La explicación dada por él a este elevado problema se desprende con rigor natural de la evolución social, tal como resulta de sus investigaciones: la paralización de la vida industrial y comercial —centro de estas actividades son las ciudades, y agentes suyos son los individuos de la clase media—, coincide cronológicamente con la detención en el progreso de la técnica y de la investigación científica pura, hacia mediados del siglo II. Desde los tiempos de Adriano, en que cesa la adquisición de nuevas tierras, el mercado para los productos de la industria grecolatina se reduce a la población del Imperio, rural y urbana. La capacidad de compra de la primera no era suficiente para adquirir los productos de una industria ricamente diferenciada y refinada. Sus necesidades sencillas —tengamos presente que la población del campo estaba constituida en las provincias por el elemento indígena, bárbaro; romanización significa siempre urbanización— quedaban atendidas con los productos de una industria groseramente estandarizada; y a este nivel descendió efectivamente la industria de los siglos IV y V, cuando el Imperio se convirtió en una vasta aglomeración de centros rurales, reducida la función de las ciudades a la de representantes del gobierno central, en la ímproba tarea de recaudar los tributos.

El progreso de la industria no se hubiera detenido de haber continuado la urbanización de las provincias, mediante la elevación del nivel material y cultural de las clases inferiores. La apatía e inactividad de la clase media urbana, degenerando en una mezquina concepción eudemonística del Universo, se opuso con torpe visión de la realidad a este levantamiento de las masas, al cual estaba vinculado su propio bienestar económico y en último término su propio destino.

Debido a esta ideología había de fracasar el empeño de sostener el progreso económico mediante la continuada urbanización del Imperio. “La creación de nuevas ciudades significaba, en realidad, la creación de nuevas colmenas de zánganos.”

Rostovtzeff termina sus trabajos con el advenimiento de Diocleciano. La historia de los siglos IV y V es ya mejor conocida por las diferentes obras que han tratado el problema de la decadencia del mundo antiguo, desde la clásica de Gibbon hasta la todavía no superada de O. Seeck. Sin embargo, el bosquejo que de esta época hace Rostovtzeff en el último capítulo es magistral en sus grandes trazos. Al final se plantea el problema de la caída del Imperio; formula la cuestión en los siguientes términos: ¿Por qué la civilización urbana de Grecia y Roma fué incapaz de asimilar a las masas? ¿Por qué siguió siendo siempre una civilización de la *élite*? Rostovtzeff examina y rechaza por unilaterales las diferentes explicaciones propuestas: las políticas

de Beíoch, Kornemann, Ferrero, Heitland; la económica, “la simplificación económica de la vida en la antigüedad no fué la causa de lo que llamamos decadencia del mundo antiguo, sino un aspecto del fenómeno más general que tratamos de explicar”; y tiene razón Rostovtzeff. La vida humana presenta al lado del aspecto económico otro religioso, social, intelectual, político. Y es completamente arbitrario el escoger uno solo de ellos, erigiéndolo en causa última del fenómeno. Rechaza igualmente la conocida teoría de O. Seeck sobre “el exterminio de los mejores”, por las guerras civiles y extranjeras, la del suicidio de las razas de Ténney Franc. la que hace al cristianismo responsable.

Un fenómeno principal ponen todas ellas, sin embargo, en evidencia: la gradual absorción de las clases educadas por las masas, con la consiguiente simplificación de la vida en todas sus funciones, la “barbarización” del mundo antiguo.

Una profunda y dramática interrogación, hondamente inquietante, encierran las últimas líneas del volumen: ¿Es posible extender a las clases inferiores una civilización elevada, sin rebajar el nivel de ésta y diluirla su calidad hasta el punto de evanescencia?; ¿no está llamada a decaer toda civilización tan pronto como comienza a penetrar en las masas?

Grande es siempre la influencia que en la visión de los vastos procesos históricos por historiadores de encumbrada estirpe, ejerce la experiencia de los acontecimientos contemporáneos. Notoria es, por ejemplo, esta influencia en Mommsen y ya ha sido señalada antes de ahora. Es el fruto de la intervención que en la obra científica de historia tiene la imaginación. No está para nada reñida —no debe ni necesita estarlo por lo menos— con la más escrupulosa objetividad; le incorpora, en cambio, una plasticidad y un calor que la acercan a la obra de arte, con la cual, en sus más acabadas realizaciones, casi llega a confundirse. Sin salirse de los estrictos límites, impuestos por la naturaleza del tema, éste es el caso de la presente obra de Rostovtzeff. Y no dudamos en sostener que la honda transformación social y económica en todo el mundo, y especialmente en Rusia, patria del autor, de que estamos siendo testigos, le ha prestado múltiples sugerencias en su concepción de la evolución del Imperio romano.

En cuanto al enriquecimiento por esta obra de nuestro saber, respecto a la España romana, no es, específicamente, muy considerable. No dedicando su atención investigadora sino a las provincias de Oriente, se ha limitado para con los occidentales a utilizar los trabajos ya existentes. Están, efectivamente, anotados todos los de más o menos valor referentes a nuestro país: A. Schulten, E. S. Bouchier, E. Albertini, etc.; nos falta, sin embargo, la obra que, refundiendo con los resultados científicos ya obtenidos los datos del material epigráfico y arqueológico, hasta ahora poco utilizados para estos fines, dé una

exposición de conjunto. Esperamos que no tardará mucho en salir de la competente mano del profesor M. Torres López.

JOSÉ ANTONIO RUBIO.

EMILIO RAVIGNANI: *Historia Constitucional de la República Argentina*.—(Lecciones escritas por Luis R. Praprotnik sobre la base del curso dictado en 1926 por el profesor de la materia, en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Plata.) Tomos II y III. Buenos Aires, 1927.

Estos dos nutridos volúmenes —de 399 páginas el primero y 409 el segundo, entre texto y apéndices—, que contienen, como queda indicado, las lecciones de clase pronunciadas por el ilustre profesor argentino Emilio Ravignani, en el pasado curso de 1926, vienen a coronar, de manera documentada y altamente estimable, los estudios sobre el mismo tema, iniciados por este historiador en cursos anteriores, y de los cuales quedó constancia sucinta en otro volumen —el tercero— de nuestro ANUARIO. No es, por tanto, necesaria ahora una nueva presentación del autor ni de las tendencias y plan general de la obra mencionada.

Cronológicamente comprenden estos dos tomos, objeto de la presente reseña, el período que media entre los años 1820 y 1828. La independencia nacional está ya afianzada, y la nueva República Argentina va a decidir entre luchas, muchas veces cruentas, el futuro de su estructuración constitucional. La pugna entre unitarios y federales, que ha originado en el terreno literario uno de los más hermosos libros de la literatura nacional argentina —el *Pacundo*, de Sarmiento—, se inicia desde los primeros momentos como el eje de la cuestión. Buenos Aires y Córdoba del Tucumán son los dos focos ciudadanos que asumen el papel directivo de las dos grandes corrientes políticas contrapuestas: el litoral, frente a las provincias del interior.

La descripción detallada de estas luchas políticas, fijándose sagazmente en la amplia repercusión que tuvieron en el terreno puramente doctrinal, constituye el objetivo —plenamente logrado— que nuestro autor se impuso al iniciar su labor. El nacimiento de todo un nuevo derecho público provincial, que llega a ser codificado en numerosas constituciones locales, que ofrecen el más alto interés histórico, se persigue y destaca con rotundo acierto. El proyecto de Constitución nacional de 1826 se estudia con gran minuciosidad, descubriendo todo el proceso íntimo de su elaboración en el orden doctrinario, sobre la base de una extensa documentación hasta ahora "olvidada o desconocida". Nutridos apéndices documentales, entre los cuales se debe destacar —como el propio autor señala— una copiosa colec-